

La fascinante capital japonesa conjuga los templos sintoístas y budistas con la arquitectura y el urbanismo ultramodernos ideados por el arquitecto Kenzo Tange. La mezcla de tendencias vanguardistas con tradiciones añejas marca la fuerte personalidad de Tokio. Sus habitantes adoran los productos tecnológicos casi tanto como el sumo o el teatro tradicional de máscaras.

Tokio: metrópoli cambiante y bulliciosa

Texto y fotografía: Fernando Cohnen

No se desespere si al llegar al aeropuerto de Narita es incapaz de leer los carteles y no puede entender lo que dice la gente. Si vence la tentación de volver a coger el avión de vuelta a casa, tenga por seguro que habrá ganado la partida. A partir de ese momento tendrá todo a su favor para disfrutar de una ciudad fantástica y llena de vida. Es cierto que no podrá comunicarse con muchos japoneses, ya que pocos dominan la lengua de William Shakespeare y prácticamente ninguno la de Cervantes. También es verdad que encontrará grandes dificultades para orientarse en el metro, pero descubrirá que la ciudad es fascinante y sus habitantes extremadamente amables y educados.

El secreto para sacarle partido a Tokio es tener paciencia, agenciarse un plano de la ciudad con las direcciones en un alfabeto legible y no tener prejuicios ni miedos a la hora de aventurarse por sus animadas y segurísimas calles. Si usted tiene la mala pata de sufrir un pequeño accidente, es muy probable que su foto aparezca en los telediarios pocas horas después.

En la capital japonesa, la tecnología nunca duerme. Al atardecer, la ciudad muestra su dinamismo en la proliferación de paneles luminosos que anuncian las últimas novedades producidas por las principales empresas japonesas. De



noche, las enormes cortinas de neón y los escaparates multicolores no sólo se reflejan en las carrocerías de los vehículos, sino también en las aceras y en el mismo asfalto, cuyas superficies brillan impolutas en una orgía cromática que aturde al urbanita más avezado.

Sin duda, Tokio es diferente. La mezcla de tendencias vanguardistas con tradiciones añejas marca su fuerte personalidad. Si sus habitantes adoran las ideas innovadoras, también disfrutan con el kabuki (teatro tradicional de máscaras) y el

bunraku (teatro de marionetas). Pero si hay algo que les vuelve literalmente locos, son los nuevos artilugios fabricados por las grandes corporaciones industriales japonesas y los productos de lujo que provienen de Europa. Hay que recordar que el consumo personal representa en Japón el 60 por 100 del PIB.

Los tokiotas acuden en tropel a los enormes almacenes del lado occidental del barrio de Shinjuku para adquirir diminutas cámaras digitales, sofisticados teléfonos móviles, pequeñas agendas de



trabajo, juegos de Play Station, ordenadores portátiles y todo tipo de inclasificables «gadget». El templo del consumo fotográfico es Yodobashi, una gigantesca tienda de varias plantas situada en un extremo de Shinjuku.

Cerca de esta macrotienda el viajero se topa con pequeñas callejuelas repletas de clubes de alterne y salas de «pachin-

mio se puede canjear por monedas y billetes en una pequeña tienda vecina al local de «pachinko». Todo ese trájín se debe a que en Japón es ilegal jugar por dinero.

En las callejuelas de la zona oriental de Shinjuku podría ocurrir que el visitante se topara con un flamante Rolls Royce del que bajasen raudos dos guardaespal-

zador y actor japonés conocido en España por dos grandes películas: «Brother» y «El verano de Kikujiro».

En el barrio de Shinjuku el viajero tiene ante sus ojos las muestras más espectaculares de arquitectura de vanguardia. El rascacielos que ideó el arquitecto Kenzo Tange para el Ayuntamiento de Tokio, que alberga a 13.000 funcionarios y cuyas gigantescas torres se inspiran en la catedral de Notre Dame (París), o las espectaculares siluetas del hotel Hyatt, y del Yasuda Kasai Kaijo, con su elegante base curvada, constituyen un pequeño muestrario de la variedad de estilos arquitectónicos que ofrece la capital nipona.

Fallecido hace más de un año, Kenzo Tange fue el arquitecto que transformó la capital tras la II Guerra Mundial. Logró levantar edificios y puentes de diseños muy creativos usando estructuras de hormigón armado, material idóneo para Japón, un país que sufre el 20 por 100 de todos los seísmos del mundo de 6 grados o más en la escala Richter. La ampliación de Tokio hacia el mar en los años sesen-

En el barrio de Shinjuku el viajero tiene ante sus ojos las muestras más espectaculares de arquitectura de vanguardia

ko», la forma de ocio más extraña y popular en Tokio. Los jugadores compran bolas de acero para introducirlas en una máquina similar a una «pinball». Se supone que las bolas que ganas puedes cambiarlas por premios. A su vez, el pre-

das para abrir la puerta al «oyabun», su jefe en la jerga de la Yakuza, la famosa organización japonesa del crimen. Tampoco sería extraño cruzarse con un tipo cuyo rostro fuera prácticamente idéntico al del inquietante Takeshi Kitano, reali-



El templo Senso-Ji, situado en la zona norte de la capital.

ta, que incluía un complejo plan urbano con puentes, islas artificiales y aparcamientos flotantes, fue idea de Kenzo Tan-ge. Entre los muchos galardones que recibió destaca el Premio Pritzker en 1987, una especie de Premio Nobel de arquitectura.

La zona de Shibuya, que también se encuentra en el oeste de Tokio, es el epicentro de la moda juvenil. Sus calles sir-

ven de improvisada pasarela para la exhibición del vestuario adolescente más extravagante. En sus calles pululan los «shibuyeros», tribu de veinteañeros vestidos con ropas de colores chillones. Sus estrafalarios modelos y sus pelos teñidos de naranja, azul o fucsia son las señas que marcan exteriormente el carácter de la nueva generación. Sus actitudes provocadoras se interpretan como un ataque a

las esencias de una sociedad muy gregaria que basa su código de conducta en el honor de la familia y la vergüenza del qué dirán.

Con sus cerca de 4.000 islas, Japón es un archipiélago no superior a los 378.000 kilómetros cuadrados de territorio, cuyas tres cuartas partes son montañas. Habitado por 127 millones de personas, este país de tan exiguo suelo es considerado como el más densamente poblado del mundo. Además de estar muy apretados, los japoneses viven en una zona altamente sísmica que sufre regularmente el azote de fuertes tifones otoñales. Estas amenazas han hecho que la población haya desarrollado una conciencia de unidad colectiva que les sirve de escudo para enfrentarse a las fuerzas de la naturaleza.

Tokio sigue siendo una de las ciudades más caras del planeta. Pese a todo, la bajada del yen ha hecho posible que el viaje a Japón sea un poco más asequible al bolsillo medio de los españoles. La capital se ubica a orillas del río Sumida, junto a una extensa bahía. En el pasado, Tokio era una pequeña aldea pesquera llamada Edo que pasó a ser el centro del poder del sogunato en 1590.





Aunque Kioto conservó la capitalidad oficial durante algunos años, Edo la superó en tamaño e influencia comercial. En 1868, cuando fue rebautizada como Tokio, la ciudad se convirtió en la capital japonesa. En 1923 sufrió un terrible terremoto y dos décadas después padeció los bombardeos estadounidenses durante la II Guerra Mundial. A pesar de la destrucción que causó el conflicto bélico, la ciudad renació de sus cenizas con más fuerza, convirtiéndose en una de las grandes urbes del planeta.

Aquellos que tengan interés en la cultura japonesa pueden recurrir al libro «La historia de Genji», escrito hace mil años por Murasaki Shikibu. La historia de esta gran obra literaria, que se sitúa en el Japón del siglo XI, gira en torno al prínci-

pe Genji, un individuo dominado por las pasiones y entregado a los placeres de la vida. La edición española de Atalanta, que incluye deliciosos dibujos de la épo-

ca, constituye una buena forma de adentrarse en la magia de una cultura milenaria, cuyos vestigios todavía conviven junto a la tecnología de vanguardia.



Dos trenes "bala" en la estación de Tokio.

Bajo la lejana silueta del monte Fuji, el palacio Imperial, residencia oficial del emperador y su familia, preside el centro de Tokio. Aunque no está abierto al público, el viajero tiene la oportunidad de admirar el conjunto palaciego, su puerta de entrada y los jardines que rodean el recinto histórico, en cuyo interior todavía se conservan algunos restos originales del palacio Edo. Akihito sigue siendo una personalidad relevante en la sociedad japonesa. En una fría y lluviosa jornada de 1999, más de 50.000 personas salieron a la calle para festejar su décimo aniversario en el trono.

Tanto el palacio Imperial como la zona centro (que incluye los barrios de Ginza y Nihombashi) se han ido reinventando a sí mismos en varias ocasiones. Desde que fue reconstruido en ladrillo rojo por el arquitecto inglés Thomas Waters, el barrio de Ginza ha tenido un aire

Tras la II Guerra Mundial, la ciudad renació de sus cenizas con más fuerza, convirtiéndose en una de las grandes urbes del planeta

muy occidental. Sus tiendas de lujo, como la Mikimoto, especializada en perlas cultivadas, y el edificio San'ái, cuya fachada de cristal y sus pantallas gigantes relucen al atardecer, constituyen los rasgos singulares de la zona. En sus arterias se asientan las principales firmas europeas, como Prada, Loewe o Louis Vuitton. A ellas acuden las jóvenes ejecutivas y mujeres adineradas para comprar ropa y artículos de lujo, sobre todo los afamados bolsos Vuitton.

Si hay algo que sorprende de verdad al visitante extranjero, es la profusión de inclinaciones de cuerpo y cabeza que percibe constantemente a su alrededor. Este saludo, denominado «ojigi», puede ser realizado con diferentes ángulos de inclinación. En un ambiente informal con personas que ocupan en la jerarquía social una posición similar a la nuestra basta con que realicemos una leve inclinación de unos 15°. Si el que saluda se enfrenta a una persona de mayor rango,



Una boda sintoista

el ángulo que deberá ejecutar tendrá que llegar a los 45°. La inclinación de 90° se reserva para encuentros extremadamente formales o ceremonias religiosas.

La presentación en el primer encuentro es sumamente importante para los japoneses. La primera impresión que se recibe puede ser decisiva para las relaciones posteriores. En esa sociedad tan radicalmente ritualizada y jerarquizada, la tarjeta de visita («meishi») es de vital importancia para identificar el trabajo y la

Es difícil orientarte en el metro y casi nadie habla inglés, pero los tokiesitas siempre se muestran amables con el extranjero



Sala de Pachinko en el barrio de Shinjuku

clase social del individuo que se presenta. Esa pequeña cartulina resulta determinante para que un japonés pueda situarte y tratarte con el respeto adecuado. Sin tarjeta de visita, no eres nadie en Japón.

En el centro de Tokio, junto al río Sumida, se encuentra el espectacular mercado de pescado de Tsukiji. A partir de las cinco de la mañana se celebran las subastas de los diferentes productos del mar, algunos capturados en océanos muy lejanos. En la entrada del mercado se halla el Namiyoke Inari Jinja (Santuario del Zorro Ahuyentador de Olas), al que acuden muchos pescadores para rogar por su prosperidad y seguridad en la mar. Tras la visita, lo suyo es acudir a las pequeñas ta-



bernas de los alrededores para desayunar sushi o sashimi (pescado crudo), tempura (verduras fritas) o sopa de miso (soja).

El centro de la ciudad también alberga el santuario Yasukuni, en el que están enterrados los restos de miles de japoneses caídos en guerra desde la Restauración Meiji y las cenizas de los estrategas y líderes de la Segunda Guerra Mundial que fueron juzgados como criminales de guerra y ejecutados por sentencia del tri-

bunal internacional formado tras el conflicto bélico.

Hace unos meses, el Tribunal Superior de Justicia de Osaka declaró inconstitucionales las visitas que efectúa anualmente el primer ministro japonés, Junichiro Koizumi, que ahora deja su cargo, a este santuario sintoista. Por su parte, Koizumi se ha defendido arguyendo que él acude a Yasukuni para rezar por la paz y honrar a los japoneses caídos en

diversas guerras. El ritual que se practica en este templo es el sintoista, una religión que tiene su origen en los mitos de los pobladores tribales del antiguo Japón. Sus seguidores rinden culto al espíritu del dios Kami, cuya naturaleza se manifiesta en todo lo que les rodea.

En el perímetro norte de Tokio se encuentra la zona de Akihabara, el famoso y animado barrio de la electrónica, cuyo centro neurálgico lo constituye la estación de metro del mismo nombre. Este gigantesco mercado, sobrevolado por puentes y vías del metropolitano, tuvo su origen en un mercadillo que creció tras la Guerra Mundial, cuando el ejército se deshizo del material en desuso. Sesenta años después, aquel modesto «rastrillo» ha pasado a ser el mayor centro comercial para comprar informática, móviles o juegos de ordenador.

El templo Senso-ji se erige en la zona norte de Tokio. Conocido popularmente como Asakusa Kannon, es el santuario más espectacular y sagrado de la ciudad. La leyenda cuenta que en el año 628 dos pescadores encontraron una estatuilla de oro de Kannon, la diosa budista de la piedad. En su honor se construyó este centro religioso, visitado a diario por multitud de personas. La entrada es una larga calle flanqueada por todo tipo de comercios tradicionales que desemboca en un quemador de incienso, cuyo humo mantiene sanos a los fieles. Más allá se encuentra el pabellón principal que alberga la imagen original de Kannon.

El sintoísmo fue la base sobre la que se asimiló el budismo, y muy especialmente las creencias del budismo zen. La mayor parte de los japoneses son seguidores de ambas escuelas de pensamiento, que no se han fusionado nunca. Para el ritual del matrimonio, los tokies suelen elegir una ceremonia sintoista, mientras que los funerales suelen ser budistas.

Tanto unos como otros aceptan la naturaleza cambiante de todas las cosas. Unos cambios tan radicales como los que experimenta Tokio, una gran urbe que se reinventa a sí misma cada día. Su faceta más tradicional, la que representan sus santuarios, ya no puede contener el empuje de su cara más vanguardista. La de una ciudad ultramoderna que aspira a convertirse en el icono viviente de la sociedad del futuro. ●